

Capítulo XIV:

### **Enfermedad y muerte de la Madre Fundadora**

1. Las enfermedades de la Madre María Antonia.
2. declive de una vida.
3. Santa muerte.

## 1. *Las enfermedades de la Madre María Antonia:*

A la Madre María Antonia París de San Pedro la hemos encontrado a lo largo de esta historia en situaciones, climas y ambientes muy diversos: 28 años en el seno de su familia; 10 años en el convento de la Compañía de María; 7 años en Santiago de Cuba; 8 años en las altas y frías montañas de Tremp; 8 años en los climas suaves de la plana de Tarragona, en Reus; 4 años en Carcagente, y de nuevo los últimos cinco años de su vida en Reus. 71 años, 6 meses y 11 días de una vida intensa, en unos tiempos en los que la media de vida era notablemente inferior, podrían inducir fácilmente a pensar que la Madre María Antonia París habría disfrutado de una naturaleza vigorosa, libre de achaques y de enfermedades. Pero no fue así. La hermana muerte vino a liberarla de un cuerpo extremadamente débil, de una naturaleza enfermiza sometida a un continuado martirio.

En las notas autobiográficas y en la abundante correspondencia de la Fundadora se encuentran amplias referencias a la precariedad de su salud, sobre todo desde su estancia en el Convento de la Compañía de María hasta su muerte. Ya hemos dejado constancia en el capítulo primero de aquella tan grave como misteriosa enfermedad padecida por Antonia cuando tenía apenas quince años. Desde entonces hasta su ingreso en la Compañía de María, a los 28 años, su salud sin duda tuvo que ser buena, porque, de lo contrario, no la habrían admitido en un convento donde abundaban ya las enfermas y el trabajo recaía en su mayor parte sobre aquellas jóvenes que, aunque postulantes, hacían vida de profesas. Ella misma nos transmite el recuerdo de aquellos años:

« Los ayunos y disciplinas continuas y el trabajo era mucho y bien pesado, porque eran muchas las religiosas enfermas, y había muy pocas de comunidad. Así que tenía que cumplir los cargos de Noviciado y de monja profesas: estos últimos eran los que más me ocupaban » (1)

De estos años tarraconenses data lo que va a ser su pan cotidiano: « La salud muy quebrantada por las graves y continuas enfermedades » (2)

No dice en qué consistieron esas « continuas y graves enfermedades ». Probablemente se trata ya de lo que en 1859 pormenorizaba:

«...entando un día con grandísimo dolor de cabeza y toda la cara, mejilla y boca, y con tantos dolores en todo el cuerpo que apenas podía moverme, y con tanta opresión de corazón que me ahogaba...» (3)

Estos serán los síntomas de los « constante padecimientos » (4) que a lo largo de los últimos veinte años de su vida la dejarán tan sumamente estropeada que, con mucha frecuencia tendrá que valerse de su fiel secretaria, la Madre Gertrudis Barril (5), para el despacho de su abundante correspondencia, limitándose ella a poner su firma; y, a veces, ni aún firmar podía. Frases como ésta, « mis continuas indisposiciones me impiden escribir...de mano propia » (6), porque, como le decía la Madre María Gertrudis al P. Curríus, en nombre de la Madre Fundadora para felicitarlo en su fiesta onomástica: « cada vez que escribe se le pone la cabeza mala » (7).

---

(1) *Aut.*, n. 25.

(2) *Ibidem*

(3) *Diario*, n. 45.

(4) *Diario*, n. 82.

(5) *CMPX*, 8 junio 1861.

(6) *CMPX*, 23 enero 1862

(7) M. MARÍA GERTRUDIS BARRIL., *A Curríus*, 17 junio 1867.

Las jaquecas fueron su constante martirio; ERAN TAN CONTINUAS QUE, COMO ELLA MISMA DECÍA A Caixal, no le daban lugar a reponerse de una para otra, de modo que cuando alcanzaban su mayor intensidad pasaba « las noches enteras en vela sentada en las tablas, por no poder estar echada en la cama » (8). Estas jaquecas iban acompañadas con frecuencia de vómitos, de erupciones en la cara que en alguna ocasión degeneraron en herpes (9), de fluxiones en la boca y de una terrible opresión de corazón. Esta especie de asfixia la obligaba a hacer uso frecuente del éter (10). Estas fluxiones bucales le impedían una alimentación normal, hasta el punto de que incluso los líquidos le resultaban difíciles de ingerir (11).

Todos estos achaques eran en ella tan habituales que ya no les daba importancia por más que le hicieran sufrir:

« Mi salud, le decía a Orberá, es casi siempre la misma, y aunque mejor de las fluxiones, tengo las noches penosísimas, por estar sumamente desvelada; pero ya sabe V. Ilma. es mi costumbre no decir nada si no guardo cama; porque si no guardo cama, ya lo tengo por salud; y solamente por V. Ilma. escribo de mano propia por lo que me daña la cabeza por tenerla siempre tan flaca » (12)

A partir de su traslado a Carcagente, quizás por las bajas presiones y por la humedad de la huerta valenciana, la salud de la Madre Fundadora se empieza a resentir más seriamente. Tanto en sus cartas autógrafas, como las que en su nombre escribe la Madre María Gertrudis, hay abundantes expresiones que demuestran ese notable decaimiento de la salud (13). Las primeras fiestas de Navidad de la Comunidad de Carcagente (1875) fueron bien tristes por la salud extremadamente delicada de la Fundadora. La Madre María Gertrudis escribía al P. Curríus: « por tenerla enferma de cuidado me han de temperar las alegrías...» (14). Los dolores reumáticos la atenazaban también con frecuencia desde su estancia en Carcagente y ya no la abandonarán hasta el final de sus días, de modo que llegó a considerarlo como « inseparable compañero reuma que me da bastante que ofrecer al Señor » (15). A veces la imposibilitaba por completo: « ...el Miércoles Santo bajé a misa, decía a la Madre María Luisa de San Pablo, y cuando estaba al *Passio* me atacó un dolor reumático tan fuerte en las espaldas que apenas pude subir, y me hubieron de desnudar, poner en cama y llamar al médico que me visitó dos días » (16).

A esta intensificación de sus achaques permanentes, hay que añadir también desde su estancia en Carcagente, la creciente pérdida de la vista:

« Cuando me escribía, le decía a Curríus en 1876, hágame la letra más grandecita porque la vista me va faltando, y si es de noche apenas la puedo leer » (17).

La Madre María Antonia aceptaba estos continuos sufrimientos, no sólo con resignación, sino

---

(8) CMPX, 29 julio 1862.

(9) CMPX, 5 abril 1863.

(10) CMPX, 17 febrero 1862.

(11) CMPX, 6 noviembre 1862.

(12) CMPO, 31 agosto 1876

(13) CMPC, 24 octubre 1877: « Yo voy perdiendo cada día las fuerzas ». CMPC, 13 enero 1878: « No pude contestar por estar enferma ».

(14) M. MARÍA GERTRUDIS BARRIL., A Curríus, 26 diciembre 1875.

(15) CMPC, 20 diciembre 1881.

(16) CMPL, 15 abril 1876

(17) CMPC, 3 noviembre 1876.

como auténticos regalos de Dios, que le permitían padecer algo a su « cuerpo tan regalado », como ella decía (18).

«...parece que el Niño Jesús se ha complacido en darnos abundante aguinaldo de reuma » (19).

« Los Santos Reyes me renovaron el presente que el año pasado me hicieron, porque la tarde de este día sentí mucho el dolor de los brazos; y apretándome hasta las espaldas y cuello, tan fuerte, que me fue preciso guardar cama tres días, y después me levanté el domingo siguiente para ir a Misa, y como no estaba muy bien todavía, me dio un fuerte constipado » (20).

## 2. Declive de una vida

El año 1882 señala el declive definitivo de la salud de la Madre Fundadora. El golpe de gracia a su siempre quebrantada salud se lo dieron los dolorosos acontecimientos de la Casa de Santiago de Cuba que concluyeron con la salida de cinco Religiosas, a lo que habría que añadir el permanente distanciamiento de la Comunidad de Tremp y de D. Paladio Curríus. La Madre Concepción de San Jaime, enfermera de la Fundadora, durante los últimos once meses de su vida pone muy especialmente de relieve esos sufrimientos morales causados por todas aquellas personas que tanto la habían ayudado en la fundación del Instituto y que después se le volvieron en contra:

« La noté mucha paciencia en los desprecios que de personas bienhechoras del Instituto y conecedoras de las gracias que Dios le hacía, se veía despreciada, devolviéndole mal por bien, de extraños y caseros; pero nunca le oí una palabra de queja ni de mal querer; sólo le oí decir algunas veces: « Dios así lo quiere; que se cumpla su voluntad: lo merezco, Señor y no tengo derecho más que a la humillación » (21).

También ella veía una estrecha relación entre el debilitamiento de su salud y todos esos tristes acontecimientos:

« Mi estado de salud, le decía a D. Enrique Gomis, continúa delicado, y no puede ser otra cosa por las continuas aflicciones de espíritu, que cada día se aumentan. Parece que todo el infierno está desencadenado contra la navecilla de nuestro Santo Instituto » (22).

Empezó el año 1882 viéndose obligada a guardar cama (23). En el mes de mayo su estado de salud « continuaba delicado » (24). En junio se advirtió una leve mejoría, aunque lenta en su estado general (25); pero duró muy poco, ya que en el mes de octubre encargaba a D. Enrique Gomis que escribiera a D. Silvestre Rongier sobre un asunto importante de las Constituciones, cuya aprobación que se estaba tramitando en Roma; ella no lo podía hacer « por estar muy enferma » (26). En noviembre, de nuevo una mejoría le permitió seguir a la Comunidad « desde la Misa a la hora de la recreación de la noche » (27).

---

(18)CMPX, 17 febrero 1881.

(19)CMPG, 17 febrero 1876.

(20)CMPX, 17 enero 1864.

(21)M. CONCEPCION DE SAN JAIME, *Declaración sobre la M. Fundadora*.

(22)CMPG, 9 mayo 1882.

(23)CMPG, 11 febrero 1882.

(24)CMPG, 9 mayo 1882.

(25)CMPG, 9 junio 1882.

(26)CMPG, 12 octubre 1882.

(27)CMPG, 18 noviembre 1882.

El año 1883 fue más benévolo, porque desde marzo hasta diciembre no hay en sus cartas alusiones especiales a su salud, lo que indicaría que la recuperación de que le hablaba al mismo D. Enrique Gomis el día 19 de marzo, habría ido progresando. Pero, desde primeros de diciembre, se encuentra de nuevo de tal modo que ni siquiera puede cumplir « con las precisas atenciones » (28) en unas fechas como las de Navidad en las que nunca faltaban una líneas de felicitación a los amigos y bienhechores del Instituto.

El día 3 de febrero de 1884 enferma de gravedad, ingresando ya definitivamente en la enfermería. Van a ser once meses de duro sufrimiento corporal y espiritual, en los que, olvidándose enteramente de sí misma procurará consolar a sus hijas que no se resignaban viendo lo que ella sufría. La Madre María Concepción de San Jaime, su solícita enfermera, en un relato que escribió muchos años más tarde en el que sin duda se habrán podido infiltrar algunos errores de fechas y de acontecimientos, pero que en el fondo responde a la verdad porque coincide con los datos fundamentales que trasmite la Madre María Gertrudis Barril en una breve reseña que hizo de la vida y muerte de la Fundadora para ser depositada en su ataúd, da algunos detalles del comportamiento de la Madre durante los penosos meses de su enfermedad y que evidencian lo que había constituido el punto focal de su existencia: la mortificación, la pobreza, el amor incondicional a sus hijas:

Su cama fue como la de todas, de madera; no gastó nunca colchón, ni piel, ni nada que pudiera darle algo de alivio en sus sufrimientos físicos y morales que conocía yo que, a veces, eran abrumadores según se manifestaba en su semblante... En todo ese transcurso de tiempo no le ví ni una sola vez dar una pequeña muestra de disgusto o sufrimiento, manifestando siempre una alegría exterior que todos sus modales daban a entender la paz que en su alma gozaba...»

« Se le veía un espíritu de mortificación que [ a ] ninguna de nosotras nos lo permitía; y aquel cuidado que tenía de nosotras; no pasaba día en que no me preguntara [ para ] saber si las monjas comían y qué se dejaban de la comida; es decir, un cuidado que nos les faltara nada puesto en los límites que antes teníamos de la pobreza. Y me decía: « Mire, Hermana Concepción, que esté limpio, aseado y pobre; y que en esa pobreza se pueda pasear Jesús como en un jardín de frescas y deliciosas flores, ya que Él por nuestro amor lo aceptó y practicó » (29).

Hubo días en que fue necesario velarla continuamente por su gravedad; e incluso en estas ocasiones toaba ella pie para santas conversaciones con la enfermera, la cual nos ha transmitido un precioso testimonio personal acerca de lo que ella pensaba sobre la Fundadora, y este testimonio es tanto más valioso, cuanto que, nadie como una enfermera puede captar las situaciones de debilidad física y moral de un enfermo, no haciendo válido en esta ocasión el refrán de que « no hay hombre grande para su ayuda de cámara »:

« Cuando se hallaba muy fatigada, no iba yo al Coro, dice la enfermera; y hacía la oración en la enfermería, arrodillada al lado de su cama; y me decía unas cosas de la virtud que parecía hallarme fuera de mí; y se me pasaba aquel tiempo en un momento. Y veía a nuestra Madre que se le ponían las mejillas como una rosa, no siendo eso habitual en ella que era entonces caída de color; y era más notable en ella; es decir, que en todo se le veían rasgos de santidad, lo mismo comiendo que rezando, que amonestando, que riendo; en una palabra, en todo » (30).

Desde aquel apartado rincón de la enfermería, no se olvidaba tampoco la Fundadora de las

---

(28) CMPG, 25 enero 1884.

(29) M. CONCEPCIÓN DE SAN JUAN, *o. cit.*

(30) *Ibidem*

colegialas, si hemos de dar crédito a una antigua educanda, Doña Emilia Cantero Llauradó, la cual desde la altura de sus ochenta y dos años, hizo una declaraciones ante notario, en las que relata una anécdota en la que, sin duda, tuvo que ver mucho la Madre María Gertrudis Barril, Secretaria de la Fundadora y Prefecta de clases del Colegio. Copiamos textualmente de la mencionada declaración notarial de Doña Emilia Cantero Llauradó:

« No pudiendo [ las niñas del internado ] introducirse en la clausura del convento y no pudiendo la Madre, por su prolongado reuma, descender al colegio para ver a las niñas, éstas que deseaban saludarla a todo trance, se valían de un palomo o palomita mensajera. Ellas escribían un papelito en el que decían: « ¿Cómo está? ». Colgaban el escrito en el cuello del animalito con un hilo y éste se dirigía a la celda de la enferma la cual respondía con un cestito de papel Bristol lleno de confites. El palomín así cargado devolvía el mensaje al colegio, a las niñas, que celebraban su llegada con gran algazara infantil y así manifestaban el afecto que le tenían » (31).

Hubo una temporada en que todo parecía indicar que el peligro se alejaba. En efecto, por los meses de octubre y noviembre experimentó una notable mejoría; incluso pudo dictar algunas cartas. En carta a D. Enrique Gomis le daba cuenta de esos adelantos en su quebrantada salud:

« Yo sigo mejorando; ahora en pocos días he adelantado mucho [más] que en dos meses, de modo que puedo ya leer y firmar las cartas gracias a Dios » (32).

Esta mejoría se prolongó, por lo menos, hasta mediados de noviembre porque se conservan cartas dirigidas al mismo D. Enrique Gomis de los días 24 y 28 de octubre y 7 y 13 de noviembre.

En diciembre se agravó de nuevo. La Madre María Gertrudis llegó a temer lo peor durante las fiestas de Navidad, porque por aquellos días habría tenido la Fundadora una visión del Niño Jesús, que toda la Comunidad interpretó como si se tratase que Dios la quería llevar precisamente durante aquellas fiestas (33). No había llegado todavía el momento definitivo; pero las esperanzas de recuperación también fueron vanas. Después de las fiestas navideñas el debilitamiento de la Fundadora fue progresando hasta que a mediados de enero de 1885 se agravó de tal manera que el médico aconsejó se le administrasen los últimos sacramentos, que ella « recibió con la devoción y fervor y ternura propios de las almas privilegiadas, como todas las demás veces que durante la enfermedad los había recibido por devoción que era muy a menudo » (34), dice la Madre María Gertrudis sin especificar detalle alguno acerca de la ceremonia del Viático y Extremaunción. Quizás en esta ocasión haya tenido la exhortación de la Fundadora a la Comunidad que la Madre María Concepción de San Jaime sitúa un cuarto de hora antes de morir, pero que sin duda, por lo que se dirá después, tuvo que ser en una circunstancia anterior:

« estando toda la Comunidad presente nos instruía cómo nos habíamos de haber con Dios y perseverar en el camino de la perfección que habíamos abrazado; nos lo decía con un cariño y amor tan puro y desinteresado que se reflejaba en ella que era Dios el agente de aquel incendio. Y como todas rompimos en llanto, no dijo: « No quieran poner diques a Dios » (35).

---

(31) CANTERO LLAURADO, Emilia, *Manifestaciones: a instancia de D<sup>a</sup> Emilia Cantero Llaurado, ante el Notario del Ilustre Colegio de Barcelona, D. Francisco Virgili Sorribes, 1 de abril del año 1952.* Copia autenticada en Arch. Genr. RMI.

(32) CMPG, 8 octubre 1884.

(33) M. MARÍA GERTRUDIS BARRIL, *Biografía de la M. Fundadora colocada en su ataúd*

(34) Ibidem.

(35) M. CONCEPCIÓN DE SAN JAIME., *o. cit.*

Con estas palabras de la Madre María Concepción de San Jaime coinciden sustancialmente las que en labios de la fundadora pone también la Madre María Gertrudis, y puesto que según ésta habla en presencia del P. Confesor, habrá que reafirmar que esas últimas recomendaciones a la Comunidad, y a través de ella, al Instituto, debieron de tener lugar en el momento de recibir los últimos sacramentos:

« Sus últimas palabras, dice la Madre María Gertrudis, fueron encargar las monjas al P. Confesor, y decirnos a todas que no quisiéramos otra cosa que la santa obediencia; y preguntándole al P. Confesor si deseaba o quería algo más, contestó que nada más deseaba ni quería sino a Nuestro Señor » (36).

### 3. *Santa muerte*

A las seis de la mañana del 17 de enero, fiesta de San Antonio Abad, la Madre Fundadora entró en una dulce y sosegada agonía, que duró por espacio de tres horas... Conservó el conocimiento, pronunciando el dulce nombre de Jesús, mientras pudo, y haciendo una señal de afirmación cuando lo pronunciaban las religiosas circundantes, al preguntarle si entendía lo que decían. A las nueve de la mañana expiró en un humilde jergón de paja. Y « murió en la paz de los santos sin hacer ningún extremo ni convulsión » dice su enfermera la Madre María Concepción de San Jaime.

El rostro, al expirar, se le quedó muy demacrado y excesivamente envejecido y con un rictus de sufrimiento. Pero ese aspecto duró apenas unos instantes, porque de un modo espectacular, y en ello coinciden varios testigos que lo presenciaron, al margen de la misma Comunidad, como fueron el Confesor del Convento, el médico de cabecera y el propio D. Enrique Gomis que vino unos días después, « se le fue rejuveneciendo el rostro » (37) hasta aparentar el de una persona de unos treinta y cinco años, siendo así que ella tenía setenta y uno (38).

El médico de cabecera, D. Francisco Baget encargó a las monjas evitaran que la luz y el aire dieran directamente al cadáver y que no estuvieran cerca de él, porque estaba muy hinchado y temía una inmediata y acelerada descomposición. Pero sucedió totalmente al revés, después de haberla amortajado cuidadosamente, la trasladaron a una cama alta y abrieron todas las ventanas. No sólo no daba síntomas de descomposición, sino que conservaba toda su flexibilidad natural. Al día siguiente de su fallecimiento, llamaron a un pintor de la población, un tal D. Felipe Albiol, que entró en el convento acompañado del Confesor de la Comunidad., D. Antonio Pujol y del albañil D. Francisco Serra que había de preparar el nicho del panteón para el enterramiento. Todos quedaron admirados del rejuvenecimiento que presentaba el cadáver como así mismo de su flexibilidad. Para que el pintor pudiera captar mejor sus rasgos, sentaron a la Fundadora en una silla junto a una ventana para que le diera mejor la luz, pudiendo ponerla en la postura que al pintor le pareció más oportuna.

Como no ofrecía síntomas de descomposición y conservaba enteramente su flexibilidad e incluso el color había vuelto a sus mejillas, la tuvieron por espacio de casi cuatro semanas en la misma sala mortuoria, donde visitaron el venerable cadáver D. Juan Alaix, Prior de la Parroquia de

---

(36) M. MARÍA GERTRUDIS BARRIL., *o. cit.*

(37) M. CONCEPCIÓN DE SAN JAIME., *o. cit.*

(38) M. MARÍA GERTRUDIS BARRIL., *o. cit.*

Reus, D. Enrique Gomis que vino expresamente de Carcagente para tributar su último homenaje a la Madre María Antonia, la cual, según testificó posteriormente, el mencionado D. Juan Alaix, más parecía « dormida que muerta », puesto que conservaba la flexibilidad de todos sus miembros « que se movían a capricho de las religiosas, cuyo fenómeno observé...por tercera vez a los doce días después de la defunción... acompañado del Confesor de las religiosas del mismo Instituto de Carcagente y de varias religiosas que contemplaban atónitas y agradecidas el prodigio que el Señor obraba en su Sierva » (39) a seis de abril de 1886. también el médico de cabecera se quedó maravillado de semejante prodigio y no daba crédito a sus ojos, por lo que no tuvo inconveniente en certificar el hecho, en cuanto médico, a petición de la Madre María Gertrudis:

« Francisco Baget Terrer, Licenciado en Medicina y Cirugía y Médico del Hospital Civil de esta Ciudad

CERTIFICA: que el cadáver de sor Antonia París de San Pedro. Priora del Convento de esta ciudad, fallecida a consecuencia de una pericarditis crónica de carácter reumático, no presentó síntomas de descomposición hasta después de los doce días de su fallecimiento, a pesar de haber sucumbido con anasarca general muy pronunciada, síntoma de la afección del corazón, consecutiva a la continuidad del tejido, que sufrió por espacio de cerca de un año.

Y como constituye un hecho extraordinario a los que mueren con grande infiltración serosa, libro el presente documento a instancias de la Sra. Superiora Sor María Gertrudis Barril de San Felipe, para los efectos que estime conveniente ».

Reus 9 de marzo de 1885.

Lic. Francisco Baget (40).

Aunque el Médico, D. Francisco Baget dice que no se observaron síntomas de descomposición hasta después de los doce días, no quiere decir que después del día duodécimo, se empezasen a advertir. Quiere decir, simplemente, que hasta entonces, día duodécimo de su fallecimiento, en que él lo visitó no ofrecía síntomas de descomposición, porque aún van a tardar las Monjas varios días en darle sepultura. Como el prodigio continuaba, no sabemos hasta cuando la habrían tenido sin darle sepultura si no hubiese intervenido la autoridad eclesiástica, si hemos de dar fe a la anciana Dña. Emilia Cantero Llauradó, según la cual, habría sido el Sr. Arzobispo de Tarragona quien ordenó dar sepultura al cadáver (41).

La Madre María Gertrudis no hace alusión a ese mandato del Sr. Arzobispo y dice sin más: « hoy día 13 de febrero de 1885 se le da eclesiástica sepultura en el nicho que forma la mesa del altar del panteón, conservando el venerable cadáver la flexibilidad que no ha perdido jamás » (42)

Junto al cadáver se depositó un acta en la que se detallaban algunos hechos de la vida de la Madre María Antonia y, sobre todo, el prodigio advertido en su cadáver. El acta fue firmada por todas las religiosas de la Comunidad.

---

(39) ALAIX, J., *Certificado sobre el estado del cadáver de la M. María Antonia París*. Arch. Gener. RMI.

(40) BAGET, F., *Certificado medico sobre el estado del cadáver de la M. María Antonia París*. Arch. Gener. RMI. CEPEDA, p. 233-234.

(41) CANTERO LLAURADÓ, E., *o. cit.*

(42) M. MARÍA GERTRUDIS BARRIL, *o. cit.*

No sabemos con exactitud si el enterramiento de la Fundadora fue normal o si lo hicieron de modo que se pudiera ver el cadáver a través de un cristal o si esto último lo hicieron posteriormente las monjas, porque en la visita que el Sr. Arzobispo hizo al convento en el mes de mayo de 1890 advirtió con sorpresa que el cadáver de la Fundadora no estaba normalmente enterrado, dando un decreto por el que ordena devolver « a la sepultura el cadáver tabicando su nicho como el de las demás religiosas » (43). El cadáver de la Madre Fundadora permaneció incorrupto hasta que en el año 1936, después de haber sido profanado, juntamente con los cadáveres de otras religiosas, fue sepultado en una fosa común en el cementerio de Reus, de donde pudo ser rescatado al concluir la guerra civil en 1939. en el Archivo General hay una relación de la Madre Piedad González de San Antonio en la que expone cómo fueron hallados e identificados los restos de la Madre Fundadora en el cementerio de Reus.

Todos los que presenciaron el fenómeno de la flexibilidad del cadáver de la Fundadora, después de tantos días de su fallecimiento lo consideraron como una señal evidente de que Dios Nuestro Señor quería obrar maravillas a través de aquella mujer. Y, en efecto, son varios los hechos portentosos que se podrían narrar a este respecto ocurridos a personas que acudían en demanda de ayuda a la Madre María Antonia. El Padre Cepeda ha dejado constancia de alguno de ellos en su Biografía (44). Puede parecer extraño el hecho de que una figura tan extraordinaria como la Madre María Antonia haya permanecido desconocida prácticamente hasta nuestros mismos días para la Iglesia española y para la Iglesia universal. Ha sido una pena, pero ha sido así. Dios sabrá con qué designios. Quizás esta hora de la Iglesia sea también la hora de la Madre María Antonia que, como vamos a ver a continuación tan hondamente grabado llevaba en su espíritu el sentido de Iglesia.

---

(43) El Decreto del Sr. Arzobispo dice que el cadáver ha sido « exhumado » y que « lo tienen colocado en un lugar que no corresponde », pero por la observación que añade sobre que el nicho ha de ser tabicado como el de las demás religiosas, parece deducirse que no se trataba de una exhumación, sino que el cadáver de la M. María Antonia se podía ver a través de algún cristal, quizás. Se le dio sepultura en el nicho que formaba el altar del panteón. Cf. CEPEDA, p. 233-234.

(44) CEPEDA, p. 235-242.